

La bocina

Imaginemos que ahí delante de nuestros autos hay una persona tirada ¿Qué podemos hacer más que tocar bocina? Lo lógico no siempre está al alcance, por eso es imprescindible mirar al otro y copiar de la mejor manera los puñetazos al manubrio. Existe allí un centro de poder que ha de activarse sólo con la presión que la ciudad nos imprime.

El rugido de los motores va a amedrentarse en ronroneos tras las sucesivas copias al conductor de al lado. La unión hace a la fuerza y seguiremos tocando la bocina hasta que ese cuerpo levite y llegue al limbo. Porque yo no creo ni en el cielo ni en Dante, pero sí en que las almas se elevan y se purgan de la carne sucia y la sangre seca. Se liberan del maltrato y de los huesos sedentarios. Del placer y de los profesionales tocadores de bocinas.